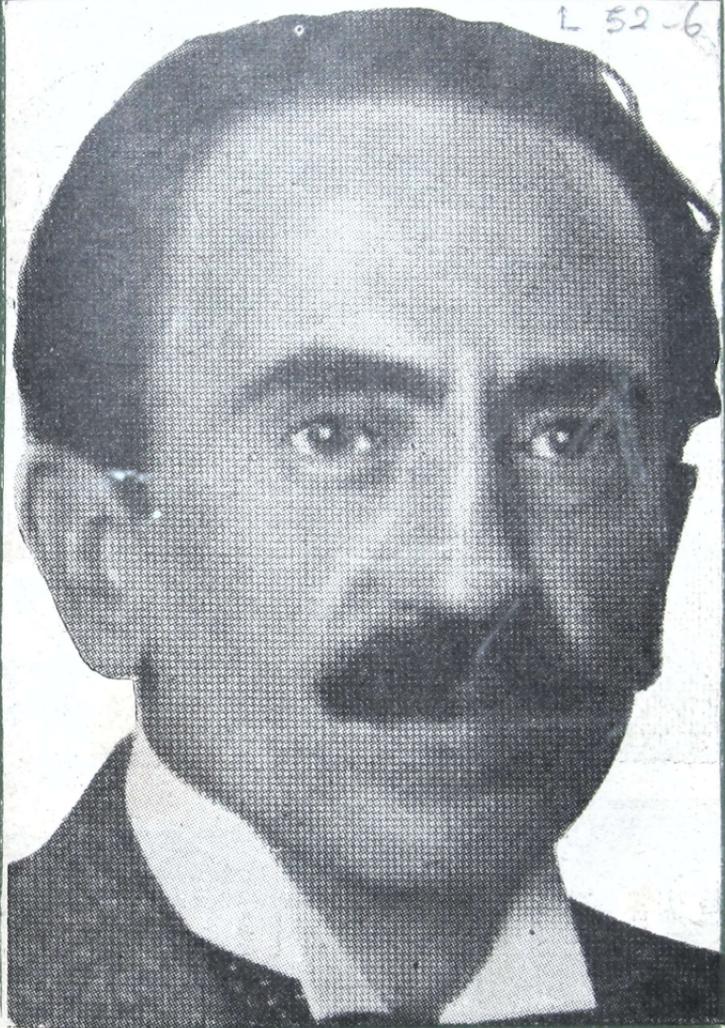


LA NOVELA SEMANAL



Fray Matacandelas

POR

Enrique Richard Lavalle

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agencia en el Uruguay: Río Negro 1266. — MONTEVIDEO.

Las personas que tengan interés por la venta en el interior de la República Oriental, pueden solicitar la sub-agencia a esa dirección.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.
Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.
Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.
Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—
LA ADMINISTRACION.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Todas nuestras obras pueden adquirirse en la Administración, Florida 248, o en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior y exterior.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES

"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

Sucesivamente obras de: Lugones, Mariano de Vedia, J. H. Quesada, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Manuel Gálvez, Remón A., Elsa Norton, García Velloso, Muzzio Sáenz Peña.

¡Muchachas! ¡Pruébenlo! Tengan una Cabellera Abundante, Bonita y Ondeada

Toda partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más

Humedezca un paño y páseselo por el cabello, y duplicará su
belleza al momento

Su cabello se pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá tan suave y lustroso como el de una niña, después de usar "Danderine Purificador del Cabello". Pruebe esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto le limpiará el cabello de polvo, suciedad y grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará su belleza.

Además de embellecerlo al instante, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo,

evitando la picazón y la caída del cabello.

Lo que más le agrada será ver cómo, después de haberlo usado por varias semanas, le sale cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Si quiere usted tener el cabello bonito, suave, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y pruébelo.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Usted se convencerá de que éste ha sido el dinero mejor empleado.

Aun enfermizos e inquietos los niños encuentran el Jarabe de Higos "California" agradable al paladar.

Si los niños están febriles, biliosos o estreñidos, deles inmediatamente un laxante de fruta.

No regañe al niño inquieto y malhumorado.

Vea si tiene sucia la lengua; ésta es la señal evidente de que el estómago, hígado y los intestinos del niño están obstruidos con las heces.

Cuando los niños estén indiferentes, pálidos, febriles, tengan resfriado, el aliento fétido, mal de garganta, no comen, duermen ni se portan bien; si tienen dolores de estómago, indigestión, o diarrea, déles una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas hará expeler todas las heces, las bilis ácidas y el alimento fermentado de los intestinos, y el niño estará bien y contento otra vez. Los niños encuentran muy agradable al paladar

este "laxante de fruta", y las madres pueden estar tranquilas después de dárselo, pues siempre limpia interiormente los órganos, al propio tiempo que los afloja.

¡Madres, ténganlo siempre a la mano! Un poco que se le dé hoy, salvará al niño enfermo mañana; pero compre el genuino. Pídale al boticario una botella de Jarabe de Higos "California", encontrará las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Acuérdesse de que hay otros Jarabe de Higos falsificados, así, pues, fíjese bien en que el que usted compre tenga el nombre de "California Pig Syrup Company". Devuelva cualquier otro jarabe de higos.

Para informes: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255

Confíemos en que tanto las mujeres como los hombres adoptarán esta costumbre

Un vaso de agua caliente tomado todas las mañanas nos ayuda a parecer y sentirnos limpios, confortables y frescos.

Un cutis bien limpio, terso, pulido, firme, vigoroso y activo; una tez rosada natural, y estar libre de enfermedades, se logra sólo con sangre pura y sana. ¡Cuántos cambios satisfactorios ocurrirían sólo con que cada mujer y cada hombre se dieran cuenta de las maravillas del baño interno!

En lugar de los miles de hombres, mujeres y niños enfermizos y de aspecto anémico, de mujeres y niñas con semblante macilento o terroso; en lugar de la multitud de "agotados nerviosos", "abatidos", "fatigados mentales" y pesimistas, veríamos en todas partes una muchedumbre de optimistas con mejillas rosadas.

A las personas propensas a jaquecas, biliosidad, mal aliento, reumatismo, resfriados; y particularmente las que tienen cara pálida, cetrina y padecen con frecuencia de estreñimiento, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone, el cual costará una insignificancia, pero es suficiente para demostrar el rápido y notable cambio que aguarda tanto en la salud como en apariencia a los que practican el aseo interior. Debemos recordar que la limpieza interna es más importante que la externa, porque la piel no absorbe impurezas para contaminar la sangre, mientras que los poros de los treinta pies de intestinos, sí.

IMPORTANTE PARA EL LECTOR

Debido a las próximas fiestas de Carnaval, anticiparemos dos días la salida del número; publicando el SABADO 1.º de Marzo en vez del lunes 3 "RELMÚ" *Reina de los Pinares*, por el Dr. ESTANISLAO S. ZEBALLOS. Esta obra, debida a la brillante pluma de uno de los más eminentes escritores y publicistas argentinos, es la descripción fiel de la vida de los nómades de nuestras pampas.

Fray Matacandelas

POR

ENRIQUE RICHARD LAVALLE

a Z.

Juglar, por fortuna mía,
a vuestro alcázar, Princesa,
me lleva mi nombradía
por curaros de tristeza.

Plegue a Dios, Nuestro Señor,
que, si es torpe mi romance,
me acorra en el disfavor
que vuestra bondad me alcance.

Y diga, al guardar mi fama,
que no fué necio el juglar;
para reir no se llama
al que es diestro en el trovar.

Y vos, Princesa, tan buena,
guardad del cantor errante
aquella impresión serena
que deja un dolor distante...

E. R. L.

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas,
que recomendamos adquieran todos los coleccionistas.

La desventurada, exigua, mísera y sin brillo ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires, fundada por Mendoza el año 36 y refundada por Garay el año 80, era, si no monten veraces y cachafaces cronistas, tan pobre aldehueta en 1590 que, fuera del Real, fortaleza de débiles muros alzada sobre la margen y coronando la barranca del río, poco o nada tenía para ser contado y mirado. Empero, como en la tal aldehueta, aprendiz de ciudad, ocurren y discurren los hechos y personajes de este verísimo romance, menester es, lectora amiga, que conozcas cómo era, y qué era, que, en mejor conociendo, más lo irás entendiendo. ¡Y al ovillo, qué basta el discursillo!

La Ciudad de la Trinidad, que tal era su nombre, pues Santa María de los Buenos Aires llamábase al puerto, la ciudad de la Trinidad, pues constaba de nueve manzanas por quince, éste era el ejido, o planta del poblado, y en tanto espacio, frente al Real, mirando a poniente, estaban dos manzanas vacías, a la sazón la Plaza Mayor, a la diestra la casa de don Sánchez Pecador, corriendo, como quien fuera a dar vuelta por todo el contorno de la Plaza, de diestra a siniestra, en otra manzana la Iglesia Mayor, contiguo, el enterratorio, dando frente al Real, las Casas de Cabildo, y en las otras manzanas del Sur, dos pequeñas casas de capitanes. Así dispersa a buena distancia una de otra, la población, que pasaría en poco de trescientas personas, se diseminada a buen antojo en las ciento treinta y cinco manzanas del ejido. Bien dice quien dijo: a vecino distante, amistad constante. Tan alejados unos de otros no habrían de molestarse el sueño, ni turbar las meditaciones; mas no te fies, lectora, que ciertos refranes famosos, son engañosos, y por algo dijo quien aseguró: que pueblo chico, infierno grande. Y chica era la Trinidad, y grande, y bien grande el infierno que en ella se movía.

Regía esta república, en ausencia del gobernador propietario, su teniente de gobernador, el general don Juan de Torres Navarrete, y eran sus amigos, y compañeros, Gaspar de Quevedo, Alonso Parejo, Antón Higuera de Santana y Juan de Castro, en cuyas manos estaba al presente el poder del Cabildo. Vale así decir que todo el poder estaba en estos señores, y ni vecino se movía, ni pájaro volaba, sin que sus mercedes tomaran cuenta y dieran razón. Con todo, y porque es bien parecer bien, Torres Navarrete hacía como que no se mezclaba en las cosas de Cabildo; y los regidores hacían como que nada tenían que ver con el teniente de gobernador. Esto era para los tontos, que, los que no lo eran, tenían por archisabido, y por tal callado, que, amén de ser tales señores como carne y uña, Torres Navarrete, por ser teniente de gobernador, era el corregidor nato y jefe de Cabildo, de modo y manera que nada hacía ni deshacía el tal, sin su visto y provisto. Mas el querer que aparecieran los poderes como independientes traía su juego, y segunda oculta, y era, que pillando entre ojos a quien no andaba como era ley de Dios Nuestro Señor, el malandrín se las veía más negras que sentenciado en capilla.

Así las cosas, gobernador y Cabildo manejaban la aldea a buena ciencia y paz, y en bien de todos, aquello iba a maravilla. Pero, ya se ha dicho que no hay verjel sin flores, ni flores sin bichos. En

aquella buena comadrería de fuertes poderes se alzó Fray Francisco Romano, cura de la ciudad y hombre que... ¡vaya si tenía malas pulgas!

El fraile, el Cabildo, y el teniente de gobernador, como tres que tiraban de distintas puntas de una madeja, armaron tal ovillojo, tal enredo y trastorno, que, los más sesudos perdieron su buen empaque, y los más mansos su buen humor, y todo fué ir y venir, y correr y tornar, y... ¡el diantre con chantre!

Mas pongamos orden y tiento, que de no, aquí nos perderemos y nada entenderemos.

II

Fray Francisco Romano, de la orden de San Francisco, cura de esta ciudad, era un hombre alto, de recia envergadura, con manos de labriego y voz de arriero. Sus treinta y nueve años pesaban poco, que, ágil y fuerte, el fraile, si no parecía un galopín por que tenía pobladas barbas, parecía por la presteza de sus movimientos y la pujanza de sus acciones. ¡Vaya que sí!

Nuestro fray más parecía militar de rudas campañas que pacífico y manso pescador de almas. Mas ya esto lo ha dicho el caviloso Aristóteles: rara es la profesión de acuerdo al hombre, que así vemos que tira de la aguja quien derribaría un toro de un puñetazo, y que brega en ruda faena quien por lo endeble parece que el viento lo quiebra. ¡Cosas de las que veredes y por las que asombrado fueres!

Tal cura era quien, con todo y por todo, venía como de encargo a la ciudad donde la amenazada existencia obligaba a vivir con el arma al brazo y el caballo del diestro. ¡Menuda promesa eran los indios cuya siniestra figura asomaba en el horizonte!

Fray Romano, pues, era el cura de polo en pecho menester al tiempo y a la ciudad de peligros, y así cúrate, lectora, de espanto que, hombre de sayal supiera tanto de rezos, como de batallar. Que, de no ser así, mala ventura habrían los moribundos en tanto encuentro y escaramuza.

A) tal frailecito, a quien, con ser como era, valiente sí lo tenían sus feligreses, quiso el Cabildo arrojarlo, y, so capa de tales y cuales dimes y diretes, formarle juicio, y quitarlo de su juicio. Pero contra buen mentecato erró el mandato, que, por poco la zarabanda de Troya queda pequeña ante la que aquí se danzó! Fray Romano dejó la cruz, y empufiando su fuerte báculo que, como buen cayado, si peña deja baldado, lo esgrimió de tal suerte, que, la gente de Cabildo se juntó a deliberar. Y una tarde del caluroso febrero del año 59, a cerrojo echado, así deliberaron los del Cabildo y regimiento.

Dijo el alcalde Gaspar de Quevedo que: anoche, a las nueve horas de la noche estando presentes Antón Higuera de Santana, y Francisco Muñoz, y Fernando de Montalvo, juntamente con el escribano Antón Garzía Caro, llegó Francisco Pérez de Burgos, escribano de Su Majestad, y vecino de esta ciudad y dijo que, nos requería una, dos y tres veces, y todas las que de derecho podía y debía, como a tal alcalde y regidores desta ciudad, pusiéramos orden y remedio en los alborotos y oraciones en que Fray Francisco Romano, frayle de la orden de San Francisco, y cura desta ciudad, metía y obligaba a los hombres para perderse, de lo que protestaba contra nosotros lo que protestar debía y podía, con más,

las revueltas y muertes fuesen a nuestro cargo, y no al suyo, y, costándome ser el dicho frayle ocasionador de daño, proponía en el Cabildo, ante el señor General, y demás justicia y regimiento, y dijo que: para descargo de su oficio y por hacer lo que debía, hacía un requerimiento del tenor siguiente que para tal caso se requería...

Y el alcalde Alonso Parejo dijo que: Es justicia se envíe a su perlado al padre Fray Francisco Romano para que se evite el escándalo y ocasiones desta ciudad... Y el tesorero Fernando de Montalvo, dijo que: El dicho Fray Romano salga desta ciudad a dar cuenta a su perlado de lo que ha hecho y dicho en perjuicio y desonor de los vecinos; y el haber tenido desacato con Pedro Verdun, teniente que fué en esta ciudad, de quererle dar con un palo en la Plaza Mayor, y asimismo al alcalde Gaspar de Quevedo, y, es público y notorio en ésta, y en Santa Fe, y la Asunción que, anduvo huyendo por los montes con un arcabuz, esquivando a su perlado y demás justicias eclesiásticas y seglares, por lo que fué dado por apóstata por el Obispo, según el declarante lo ha oído decir en esta ciudad, y conviene al servicio de Dios Nuestro Señor, y de Su Majestad, y quietud y pacificación desta ciudad por evitar mayores daños y cosas que pueden suceder visto su mal ejemplo, que le echen desta ciudad, y se dé cuenta a su perlado el Obispo que tiene asiento en la Asunción... Y Andrés de Vallejo, alférez y regidor; y Juan de Castro, regidor; y Pedro Sanches de Luque, fiel ejecutor, y regidor; y Francisco Muñoz, regidor; y Antón Higuera de Santana, regidor; y Francisco de Areco, alguacil mayor; y Miguel Navarro, procurador; y, finalmente, el general de Torres Navarrete, dijeron y depusieron contra el fraile lo que mejor sabían, de modo que, puesto a votar, de general acuerdo se dispuso, fuera apresado Fray Francisco Romano, y bajo segura guardia, con todo el miramiento y comedimiento que exige su vestidura de religioso, se le lleve a la Asunción para que, ante su perlado, el Obispo, se justifique y purifique de tanto cuanto contra él se dice y acusa.

De conformidad, que pocas o raras veces se hallaron tan de acuerdo, llamose al Capitán Casco de Mendoza, de la guardia del fuerte, y, de propia mano de Torres Navarrete recibió la perentoria orden de prender al fraile, a cuyo mejor fin, dejaba éste tomara suficiente número de soldados.

No cuadró bien a Mendoza recomendación tan fuera de juicio, y, como sintiera menoscabarse si llevara más fuerzas que su espada para prender a un frailecito, masticando juramentos se largó para San Francisco...

III

El convento e iglesia de San Francisco, a tres cuadras para el Sur, tomando la calle que pasaba por frente al Real, eran tres casuchas de paja y barro: la más espaciosa destinada a oratorio, las otras dos, a residencia del cura, y de los frailes que, de paso o estables, allí arribaban. A este como cortijo, llegó el capitán Casco de Mendoza y llamando a voces desde la empalizada de una huertecilla, pidió por Fray Romano.

—Venga por acá Usarce — le dijo un esclavo que cuidaba unas coles. — Su Reverencia debe estar en oraciones...

Entró por el portillo, el capitán, y siguiendo al esclavo, fuése

a la iglesia. Como allí no estaba el fraile, rodearon el edificio, y, a la sombra, bajo el alero de poniente de la iglesia, vieron al fraile tendido sobre un camastro de tientos.

— ¡Reverencia! ¡Reverencia! — gritaba el esclavo — aquí os busca el capitán de la guardia...

Su Reverencia se incorporó de mal talante; mas viendo al capitán lo saludó sonriendo:

— ¡Qué buena compañía, mi capitán Casco! ¡Y qué buena misión debe traer os para salir con tanto calor!

— ¡Dios os guarde! — repuso Casco dejándose caer en una silla desvenjada. — No buenas, malas para vos me traen.

— Allá veremos — dijo el fraile sentándose en el borde del camastro — ¿malas para mí?

— Veréis... Vengo con orden del teniente de gobernador y del Cabildo de llevaros preso...

Romano le miró atentamente; luego convencido que no era chanza, repuso muy tranquilo:

— ¡Ese Torres Navarrete tiene mala sombra! Mandaros, a vos, tan valiente y fuerte militar, a prender a un pobre fraile, es quereros mal, muy mal...

— No diré que no, pero, es el gobernador.

Romano pareció meditar, luego dijo:

— Os será franco, mi capitán; limpio estoy de pecado, y no me encarcelarán así por que sí...

— ¿De modo?... — insinuó Casco.

— De modo, mi capitán, como mi buen amigo que sois, decidle a Torres Navarrete que me ganó a la iglesia, y que en ella no me pudisteis prender... — y esto diciendo, el fraile se metió a la iglesia por una puerta lateral.

— ¡Escuchad! — gritó Casco dando un salto hacia la puerta — mi misión...

El fraile, parado en la puerta, se volvió al capitán, y con tono que no dejaba duda de su intención dijo:

— Harto bueno sois para engañarme, capitán, y, mano a mano, no creáis tan hacadero el prenderme... Sotana llevo y no falda, y, a testarazos, tan hombre soy como el que más... Conque, ya lo sabéis, decídmelo al teniente de gobernador lo que os he pedido...

— ¡Venga acá Su Reverencia! — exclamó amoscado Casco, yéndose sobre el fraile con ánimo de luchar. — Que si tan hombre se llama, mejor es mostrarlo que ponderarlo.

— ¡De perlas, mi capitán! — gritó el fraile, y saliendo de la puerta, se plantó frente a él, esgrimiendo en la diestra su fuerte bastón.

Casco, mal de su grado, empuñó su tizona, y con más confianza en que lo intimidaría que en que lo heriría, lo atacó decididamente, tirándole unos cintarazos que el bastón del fraile paró y devolvió con tanta fortuna, que un golpe en la cruz de la tizona por poco la hace volar por los aires, y lo desarma.

Apreció el aviso el capitán, y esgrimió de punta y filo, ya con ánimo de malparar al fraile, pero, no era el fraile para melindres, que, sin mayores saltos, sin que la sotana le impidiera en mucho,

manejaba su bastón con rara maestría, ora parando, ora dando golpes. Casco perdía la calma; el fraile sonreía.

— ¡Lo pasaréis mal! — gritó Casco. — ¡Ya no juego, y aquí os aprieto!

— ¡Qué! — repuso el fraile, y parando el golpe al pecho que le firara, hizo un molinete con el bastón, y la tizona voló por los aires en dos pedazos. Casco, al verse desarmado, se lanzó como un rayo sobre el fraile, pero éste lo detuvo con un golpe de punta en pleno pecho; bamealeó Casco, dió unos pasos y cayó de bruces arrojando una bocanada de sangre.

El fraile dejó el bastón en el suelo, se enjugó el rostro, y mirando al caído inmóvil, murmuró:

— Valiente... pero... poco diestro...

Se agachó al caído, volviólo de espaldas, y le arrojó agua en el rostro.

Casco suspiró débilmente, luego, volviendo del desmayo, se llevó las manos al pecho profiriendo una débil queja.

El fraile llamó a dos esclavos, e hizo que trajeran allí el caballo de Casco. Este volvía ya de su insulto, mirando en torno con ojos de beodo. El fraile le hizo beber un brebaje, y viendo animado al herido, le dijo sin acritud:

— Vos lo quisísteis, capitán, que sabe Dios Nuestro Señor, que jamás habría luchado con tan buen amigo, pero, os empeñásteis, y no hubo más que complaceros.

— Cierto — murmuró Casco, — muy cierto es, pero antes me vea bajo tierra que faltando por cobardía a lo que se me confiara... Ved Fray Romano que soy militar, y no cuadra en mí...

— ¡Ya, ya! — repuso éste, en amistoso tono — bien alcanzo vuestra posición, y por eso os dije que me llamaba a iglesia, donde ni vos, ni nadie es osado a prenderme. Mas, no lo quisísteis así... y ahora...

Calló el fraile, y Casco bajó la cabeza, avergonzado de su derrota.

— Y ahora — siguió el fraile, tras breve pausa — duro será cómo salgáis del trance.

Casco reflexionó, luego propuso:

— Ayudadme a montar en mi caballo...

— Os llevarán mis dos esclavos.

— No, no, iré solo; ayudadme a montar.

Algo inseguro, el capitán, ayudado por el fraile y los esclavos, montó a caballo. Al paso llegóse hasta la calle, y allí, lentamente, tomó para el Real:

— Adiós — le gritó el fraile, viendo que se alejaba sin despedirse.

Casco lo miró de lejos, y haciendo un gesto que no dejaron ver las sombras de la tarde, repuso:

— ¡Hasta más ver!...

La camarilla de Cabildo, tras harto aguardar, decidió trasladarse al Real, que, como allí llevarían a Fray Romano, lo verían de inmediato, cual era el grande deseo de todos. Pero pasaron los momentos, los ratos y las horas; y ni capitán ni fraile, nadie parecía. Ya Torres Navarrete se daba a diez mil demonios, y sus acó-

litos juraban por las barbas de Pan, cuando el guardia de la poterna de la Plaza llegó a todo lo que era correr, y entrando en la estancia dijo agitado :

— ¡Señoría, señoría! ¡El capitán Casco se muere a nuestras puertas!

Todos saltaron de sus asientos, Torres Navarrete echó a correr hacia la poterna, y tras él fueron los demás. Allí estaba Casco, tendido en el suelo, con varios soldados que lo socorrían. El gobernador llegó a él:

— ¿Qué os ocurre, Casco? — preguntaba con voz insegura — ¿os atacaron? ¿caísteis del caballo?

Casco abrió los ojos, y paseando la mirada por la concurrencia, los cerró de nuevo, llevándose la diestra al pecho:

— Aquí tiene el daño — dijo un soldado — que en dos veces que he pretendido tocarle se ha quejado.

— Quitadle la casaquilla y veamos — ordenó Torres Navarrete.

Pronto los soldados desabrocharon los cabetes de la casaquilla, y dejaron al descubierto el pecho, donde se veía un moretón violáceo:

— ¿Qué es eso? — preguntó Torres.

— Señoría — repuso un soldado — a mi buen parecer es un golpe con la contera de una lanza, o sobre el arzón de la silla, mirad como es de violado...

Todos miraron con curioso asombro la extraña herida, mas como no era de deliberar, sino de remediar al malparado capitán, Torres Navarrete ordenó que lo llevaran a la estancia de los oficiales y se llamara al regidor Marán, que era diestro en achaques de curar heridas.

Noche cerrada era cuando nuestro capitán, curado por Marán, se sentaba en su lecho, y ante el Teniente de Gobernador y sus acólitos, narraba fielmente lo que le aconteciera con Fray Romano:

— ¿Y con su cayado de mendicante os malparó así? — preguntó Torres Navarrete, que no podía creerlo.

— Con su cayado, Señoría — afirmó Casco — que en manos deste fraile el cayado es más que una tizona, que, donde acierta, o quiebra, o abate.

— ¡Vaya un matacandelas! — exclamó Santana, que tenía fama de valiente.

Rióse Casco de la exclamación, que creyó irónica, y repuso malsonante:

— A fe os digo, que fuérais vos una candela, y mal os veríais bajo su cayado.

— Por eso — afirmó Santana sonriendo — este no es Romano, sino Matacandelas; que tan prestamente se desembaraza de los mejores soldados como un chantre de las candelas del coro...

Iba a seguir Santana en su zumba, mas reparó que Torres Navarrete se había quedado caviloso. Todos guardaron silencio, al fin dijo Torres:

— A fuer de quien soy, mal peste me lleve si a ese matacandelas no le hago temblar como candela que bate el viento... Reposad Casco, y si podéis, id a verme mañana temprano.

Y Teniente de Gobernador y amigos se retiraron a sus casas.

IV

Las ocurrencias anteriores habían acaecido el sábado, de modo indudable que al día siguiente fué necesariamente domingo, día de misa mayor, de sermón de escuchar, y de cómodo holgar. Y en la iglesia, temprano, repicó la campana llamando a los fieles. Y por mucho que la campana fuera pequeña, su voz se oía de lejos, meneado el badajo por la mano fuerte de un buen esclavo, que acaso en tañer fuerte pretendía servir mejor a Dios Nuestro Señor.

Alarma y curiosidad picó al vecindario el temprano y fuerte voltear, y así, no eran las ocho, cuando la Iglesia Mayor, espaciosa estancia de bajo techo de paja, y gruesas paredes de adobe, se vio llena del altar al portal.

Allí estaba todo lo mejor, y todo lo peor; capitanes famosos y conquistadores afamados, damas de nombradía, y damiselas de picardía, que, en la casa de Dios, todos son unos, buenos y tunos, digo... No, no digo más, que, en metiéndome a decir que Navarro era esto, y Montalvo esto otro... ¿dónde pararé que no me arrepentiré!

Todos estaban allí, y sensación y comecón dió ver, ocupar el púlpito a Fray Romano, que, hecha la invocación al Altísimo, dijo, con su voz ruda y sonora:

— Quien vive en la paz de Dios, Nuestro Señor, vive en la ventura de sus mercedes, mas, aquel que se aparta de la buena senda del bien, presto paga su pecado. Que, siendo Dios Señor de justicia, cuádrale castigar como recompensar. Ved, hijos míos, el sitial del Teniente de Gobernador Su Señoría Torres Navarrete, está vacío, como vacíos están los de los regidores Montalvo, Marán y Areco. ¿Por qué no vienen al oficio divino? Huelga responder. Empero, bien es decirlo para ejemplo. ¡Estos señores son herejes! Aquí, en el santuario de la virtud, los acuso de herejía, y amparando al Dios Supremo que ofenden con sus malos actos, los declaro fuera de la ley cristiana... No tengan paz en sus fatigas, consuelo en sus penas, ni alivio en sus dolores... Sufran en la tierra como luego sufrirán en los infiernos. Y nadie, que ame a Dios, Nuestro Señor, tenga trato con ellos, ni para ampararlos ni castigarlos. Véanse solos, como pestosos de mortal trato, que, quien a ellos se llegue, será como ellos... La ruina los persiga, y el castigo del Ser Supremo estermine su mala raza. Amén.

Se arrodilló el Fray, murmuró una oración, y luego sereno y satisfecho se fué hacia el altar, a officiar la misa. Pero, aquello no fué orar, sino murmurar, que la ruda excomunión del fraile cayó como brasa en un montón de heno; ardió el encono, y cada cual a su antojo y enojo, dijo lo que le plugo, ora contra Torres, ora contra Romano.

Terminó la misa, y no bien acabada la última reverencia del oficiante, salieron los fieles en tropel, a comentar en la Plaza el grave suceso. Que, si es de hembras el murmurar, es de hombres el comentar, y comentarios que éstos hacen, raro es que no despedacen... Si unos, los más, estuvieron porque el Teniente de Gobernador tenía razón y medita, otros, si los menos, no muy pocos, estuvieron porque era bien castigar a los herejes con las iras de Dios, a quien ofendían...

El concurso se desparramó, yendo cada cual a su descanso y placer, y, cuando desierta la Plaza no podían ni verle, ni impedirle, cruzó velozmente a caballo Fray Romano hacia su convento. Pero, más presto que él llegó la noticia de la excomunión, al Real, y a lo de Montalvo. En el Real relase Torres Navarrete de la picardía del fraile; pero, en casa de Montalvo...

Hernando de Montalvo, tesorero a la sazón, formaba nido y familia con su buena mujer Engracia de los Ríos, cuarentoña prudente y temerosa en el amor de Dios, y su hija, de diez y siete años, Estefanía, traviesa y pizpireta, pero, sumisa y buena.

Y, a este hogar cayó la excomunión como rayo de la ira celeste, desconcertando al padre, aterrando a la madre, y atemorizando a la hija, con lo que, aquello fué peor que infierno, fué el dolor, la desesperación, el terror a la repulsa y aislamiento de todos. ¡Ahí es nada!... Doña Engracia lloró un mar de lágrimas, luego rezó un sin fin de Avemarías, y cuando, si no tranquila, reconfortada pudo pensar, pensó y resolvió en el acto, y llamando a su hija se aprontaron y partieron para San Francisco.

Fray Romano que tenía alguna fama de cortés, recibió a las damas en la pequeña estancia que servía de sacristía y amable y sonriente escuchó la dolorida queja de doña Engracia.

—Sí, Reverendo, esto es horrible; mi pobre esposo no tiene culpa alguna de las cosas de Torres Navarrete y su camarilla de perillanes...

—Será mucha verdad señora mía, mas reparad que ayer fui agredido en mi casa, donde vinieron a prenderme; que, mañana, sabe Dios lo que harán esos herejes... y es menester castigarles...

—Así es, así es, Reverendo; pero, mi marido no tiene nada que entrometerse...

—Mi señora, es tesorero, hombre de Cabildo, y lo harán regidor, de modo que, algo más que yo entiendo en esto.

—¿Dónde está Su Reverencia?—gritó una voz fuerte.—¿Dónde se oculta ese santo pecador, que no le veo en la cruz, ni en la hostería?

Fray Romano se levantó poco menos que de un salto y sin pedir permiso dejó a las damas y salió al patiecillo gritando:

—¡Venid aquí malandrín, que el cielo os envía!

Y el fraile estrechó entre sus robustos brazos al capitán Martín Corrientes, que al palmearle le decía:

—Apretad mi Reverendo, que si el cielo me envía aquí vos me enviaréis al enterratorio...

Cambiados varios abrazos, dijo el fraile:

—Excusadme, estoy con unas damas en asunto muy serio...

—Y grave — agregó Corrientes haciendo un guiño.

—No penséis mal y venid a oír de lo que tratamos — y empujándole le hizo entrar donde estaban las damas. — Aquí tenéis a mi mejor amigo el capitán Martín Corrientes... la esposa y la hija del tesorero Montalvo...

Todos tres se saludaron seria y gravemente, mas, presto Corrientes fijó los ojos en la doncella y ya no los apartó más...

—Me placé mucho — dijo el fray — que haya venido a esta conversación mi amigo Corrientes, que él es sano consejo y sereno

ánimo — y en dos palabras le enteró de lo que ocurría, terminando — en vos me confío, lo que me aconsejéis eso haré.

Corrientes reflexionó unos momentos, luego, mirando, a la doncella dijo:

— Bien; a mi placer lo dejáis, aquí va el consejo. Bien excomulgados esos malandrines de gobierno y cabildo, que merecido se lo tienen, pero, si como el tesorero Montalvo ni es de la tal cuadrilla, ni con ellos enreda, a éste cuadra en justa justicia levantarle la excomunión y ponerle en gracia de Dios Nuestro, digo esto, que yo lo haría si tal asunto fuera mío... ahora, vos diréis...

Fray Romano opuso algunos reparos, pero, débilmente, dejándose convencer más por las damas que por su camarada. Al fin, les dijo:

— Bien, mis señoras, como hasta el otro domingo ni habrá misa mayor, ni puedo yo predicar, no hay modo que levante la excomunión en público, mas si puedo, y esto será bien, ir a casa de vosotras o luego o mañana, que en viéndome entrar sabrá el público que no sois herejes.

Así convenido, los cuatro conformes, señora y doncella, escoltadas por el capitán Corrientes tornaron a su casa.

Corrientes tornó al convento así que dejó en su casa a las damas. Dígase de paso que, en el camino, supo ser amable con las damas y aparecer como el salvador de su reputación de cristianas, tenido en más estima que el de virtuosas u honestas. Ni bozal, ni tartamudo, lengua suelta y bien manejada, Corrientes dejó en la dama una agradecida y en la doncella... ¡Vaya uno a saber qué queda en una doncella a quien miran con ternura un par de ojos de fuego!

Corrientes pensativo, dejó a su caballo marchar al paso y quién sabe dónde habría parado si la voz de un rapazuelo que jugaba en la calle no le increpa su torpeza, que en poco lo pisa. Recogió las bridas el jinete, picó espuelas y a galope tendido llegó entre una nube de polvo al convento, donde se coló de rondón, llamando a gritos a Fray Romano.

Allá apareció Romano y cuando Corrientes le felicitaba por su buen corazón con aquellas damas, soltó una carcajada:

— No, no—dijo—de buenos jugadores es cuidar su juego y aquí os ví caramada, y ¡codillo!

— Pero ¿qué me decís? — preguntó Corrientes, llamándose a nuevas.

Riando el fray le hizo pasar al merendero:

— ¡Si se os iban los ojos tras la gacela!

— Pero, reparad...

— Cómo es eso, capitán Corrientes ¿no soy ya vuestro mejor amigo?

— Verdad — repuso éste, y con un tono tierno, del que nadie le habría creído capaz, dijo— ¡Ay! hermano, jamás vi mujer alguna que me turbara tanto, os juro que me ha dejado loco, que sería capaz de todo por que me quisiera.

— ¿Seríais capaz de todo por que os quisiera?—preguntó con lentitud el fray, mirándole fijamente.

Corrientes sostuvo la mirada, y, como aceptando un trato, repuso con firmeza:

— Capaz de todo, hasta de vender la alma...

—¡Oh! no es menester tanto — dijo el fray sonriendo y luego de cerciorarse que nadie escuchaba tras las puertas, acercó su silla a la de Corrientes, y en voz queda le dijo... Pero ¿qué derecho tenemos lectora en enterarnos de lo que tan en secreto se dicen dos tan buenos amigos? Que de buena crianza es no escuchar lo que no nos incumbe, ni de detrás de una puerta, ni arrimándonos a quienes conversan bajo.... lástima.... ¿verdad? Mas déjese al tiempo correr y se sabrá lo que se quiera saber.

V

La Ciudad de la Trinidad vió correr sus días tranquilos; mano sobre mano el gobierno y el Cabildo, metido en sus preces el cura, y conformes, si no contentas las damas de Montalvo. Digo conformes, porque no escapa a las puntas de mi pluma que el buen tesorero Montalvo andaba en dimes y diretes con el Cabildo.

Era el caso, cómo de paso.. cañazo, que Su Señoría el señor Torres Navarrete nombró regidor a don Hernando de Montalvo, mas como éste era tesorero del Rey, a quien Dios dé luenga vida, entendía que no cuadraba aceptara ambos puestos, y como el primero tenía mayores fueros y prerrogativas que el segundo, pues sin más andar, negóse a éste.

Mas no era Torres Navarrete hombre a quien se desairara así como así, y juntado al Cabildo, mandóle decir a Montalvo que habría de ser regidor so pena de ser castigado con presidio, y lo que en justicia y derecho correspondiera por alzarse contra lo mandado. Montalvo alegó tales y cuales razones, pero, erre que erre, el teniente de gobernador mantuvo lo mandado, y ya las cosas en este picarope, que quien más puede tiene razón, Montalvo salió por un atajo, pidiendo se sometiera lo discutido a la audiencia de La Plata, alto tribunal de justicia a quien competía entender en todo enredo de esta parte de acá del Río de la Plata. Así las cosas llegó el buen día del Santo patrono de esta ciudad, San Martín de Tours, tan venerado y acatado, que en su homenaje realizábase linda ceremonia religiosa y militar, con misa, procesión y paseo del Estandarte Real. Con más, que, como aquel año terminaba en su misión el alférez Real, la ceremonia fué doble, del nombramiento de éste y paseo de aquél.

Nombrado Alférez Real el capitán Melchor Casco de mendoza, en la espaciosa sala de Cabildo, juntos todos los hombres de pro, el teniente de gobernador y justicia mayor, Su Señoría Torres Navarrete tomó el estandarte en sus manos y lo entregó al capitán Casco de Mendoza, tomándole juramento y pleito homenaje al uso y fuero de España, una y dos y tres veces, juntas las manos con las del dicho capitán, diciendo:

—Este estandarte que os entrego lo defenderéis del enemigo y de otro cualquiera que fuere en contra de Su Majestad y su Real Corona, y en el caso, y en su defensa, moriréis. Que, no de otro modo podréis volverle al Cabildo, que libre y sin ofensa, como ahora se os da. Si tal no hiciéreis, caeréis e incurriréis en las penas en que caen e incurrén los que quebrantan pleitos homenajes.

La entonada voz del teniente de gobernador tiñó de emoción la entrega del estandarte, y en los rudos pechos latieron acelerados los corazones cuando el capitán Casco repuso conmovido de bélico entusiasmo:

—¡A buenas manos va, Señoría! Ni rey, ni Dios pondrán sombra a su grandeza, ni menguarán su poderío. Que allí quedaré yo, fiel a mi Rey, y su pendón sagrado lavará todo ultraje en mares de sangre — y reciamente tomó por el asta el estandarte y lo afirmó a su flanco.

Batió palmas el concurso y acalladas éstas salieron a la Plaza, formando en el orden en que mandan cédulas reales, y que Francisco Muñoz hizo observar con toda estrictez.

El alférez a caballo, a su diestra el teniente de gobernador, a su siniestra el alcalde de primer voto; los oficiales reales, en número de tres; luego, los regidores, de dos en dos, por orden de antigüedad; el sargento mayor, llevando a la siniestra al vecino más antiguo; vecinos encomenderos y feudatarios con los capitanes, de dos en dos; y cerrando la marcha, los soldados en igual forma. Todo bien compuesto y ordenado, marchando al son de los atabales (tambores) como es uso en las ceremonias de España.

Así el cortejo, a cuyo paso formaban damas, doncellas y pequeños, llegó frente a la iglesia mayor, a cuya puerta se hallaban, revestidos de sus ornamentos, el cura y los acólitos. Fray Romano, así que el alférez se apeó de su cabalgadura, dirigiéndose a la iglesia, bendijo a éste y al concurso, diciendo:

—Entre a la casa de Dios Nuestro Señor, el símbolo de su primer vasallo, el Rey, y en su sagrado recinto reciba la inspiración del bien y la justicia.

El alférez sintió como un cintarazo en pleno rostro, y encarnado, los ojos chispeantes, entró con paso firme tras el fraile, apretando más aún el asta del estandarte. Tras él siguió el concurso, que tomó asiento en escaños y poltronas dispuestas en orden de jerarquías.

En un silencio profundo Fray Romano tomó el estandarte de manos del alférez y colocándole junto al altar dió comienzo a la ceremonia de su bendición.

Mientras murmura sus latines e invoca la bondad divina el oficiante, ven lectora y mira cómo era el pendón tan ceremoniosamente llevado a la iglesia. De damasco encarnado guarnecido de flocaduras y botones y cordones de seda amarilla y encarnada; de una cara la imagen de la Madre de Dios y de la otra las Armas Reales del Rey Nuestro Señor, todo ello bien trabajado, con pasamanería de oro y altos bordados de mano experta. El asta de lustrada madera, con moharra y cantón de plata lisa. Tal era el estandarte Real, símbolo de la soberanía del Rey Nuestro Señor.

Terminada la ceremonia religiosa, clérigos, militares y civiles salieron a la Plaza, y formados en buen orden, tomaron a la redonda, para ir hasta la propia puerta principal de la fortaleza.

Allí les aguardaba el teniente de gobernador Torres Navarrete quien, adelantándose a la comitiva, blandiendo en la diestra la espada, dijo con fuerte voz, que se oyó lejos:

—Cumplido con Dios Nuestro Señor, el Rey Nuestro Amo y San Martín Nuestro Patrono, sepan cuantos me escuchan tomar ejemplo y practicar estas ceremonias como homenaje de respeto. ¡Gloria a Dios! ¡Grandeza al Rey! ¡Paz a San Martín!...

Y poniéndose a la cabeza de la procesión, marchó seguido de ella, a la redonda de la Plaza, hasta llegar a las Casas Consistoriales. Pero, en aquello que ilégaban, y un oficioso tenía el estribo al alférez, vino del lado de la iglesia una grande y descompuesta gritería, más de quinientos indios al mando de Corrientes avanzaron al escape de

sus caballos sobre la procesión, y unos arrojando flechas y otros a caballazos, desbarataron en un santiamén al concurso. En vano fué que algunos, como Torres Navarrete, intentaran hacer pie, la avalancha de los que corrían lo arrolló haciéndole entrar mal de su grado, en la sala de Cabildó. En vano también el alférez quiso salvar el pendón, en el embarazado trance en que lo embistieron, rodó por el santo suelo y dejó cuanto llevaba, huyendo en cuatro patas de que pisotearan los caballos. Los frailes y acólitos, al primer grito, se arremangaron las sotanas y ¡piernas para que os quiero! volaron a refugiarse en la iglesia. Las damas y los pequeñuelos, como más distantes, salvaron con menor apuro, mas todo fué un puro correr como demonios. Tomadas tan de nuevo, que nadie pudo imaginar ni quién, ni por qué de tal ataque, el desconcierto no les dejó pensar, y unos medrosos y otros atontados, todos escurrieron el bulto vergonzosamente.

Corrientes y sus indios cruzaron como una racha de ciclón, sin detenerse más que el tiempo necesario para empujar a un remiso, dar un golpe a un lerdo o embestir a un asombrado. A todo el correr de sus caballos, entraron por un ángulo de la Plaza y salieron por el otro, envueltos y protegidos por una nube de polvo.

Cesado el tropel, los de más ánimo tornaron a la Plaza con Torres al frente, mas nada había allí... Y en los inútiles comentarios sólo se llegó a aclarar que el estandarte había desaparecido. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para quién?

En aclarar esto cada cual decía lo que le venía en mientes, cuando, entre desafortados lamentos vieron venir por la calle que corre al costado de la iglesia, a la esposa de Montalvo seguida de varias mujeres. Gritaba aquella, mesándose los cabellos:

— ¡Ay, Señoría! ¡De sobre mis brazos, de sobre mi pecho, del regazo de la madre han arrancado a la hija! ¿Quiso Dios mayor desventura? ¿Quiso mi alma mayor dolor? ¡Señoría, Señoría!... Y, yo le vi por mi pecado, le vi como veo la luz, que en más me falte sino torna mi hija!

Torres Navarrete, seguido de todos, acercáronse a la atribulada dama, y así que ésta se calmó y pudo ensartar a derechas dos palabras, dijo, interrumpiéndose a cada frase con un soponcio:

— Estaba allí, Señoría, a la vera de la iglesia, reparándome del sol bajo un algarrobo, de allí os veíamos a todos vosotros, encantadas con mi hija... ¡Santa hija mía! ¡Mala venturada víctima! Encantadas con mi hija, no echamos de ver un nutrido grupo de jinetes, indios los más, que llegó sigilosamente junto a nosotras. A un grito, quien parecía el jefe, un hombre de encarnada faz y luengas barbas, con más parecido al demonio que a un hombre, el jefe digo, dió una voz, alzó a mi hija en vilo sobre su caballo y todos a la vez se echaron sobre vosotros... ¡Virgen de los desamparados! Yo vi a mi hija hacer por desasirse de aquel dèmonio, la vi implorar, enclavijadas las manos y luego, no vi más, allí caí como abatida por el rayo...

Y sin fuerzas para más, la afligida dama se desmayó de nuevo, cayendo, por fortuna, en los brazos de Torres.

Ya alguien partía en busca de socorro, cuando Montalvo, ceñudo y sombrío, se abrió paso y llegó a su esposa, mas en vez de tomarla díjole a Torres con airado acento:

— ¿Así nos protegéis que cuatro perillanes mueven a tal ver-

güenza? ¿Así nos amparáis que cuatro malandrines son fuerza contra vos? ¡Bravo Gobernador! Ni de hoy en más os acato ni respeto; ni de hoy en más fío en vos. ¡Hereje!

—¡Cuidado! — gritó Torres, haciendo que otro sostuviera a la dama. — Ni a vos ni a nadie tolero insultos, que basta para hacerme respetar mi espada.

—También la tengo yo — repuso Montalvo, desnudando la suya y haciéndose espacio con un ademán.

Pero, Regidores y Oficiales se entrometieron e Higueras de Santana dijo:

—¡Paz, señores, paz! Que no es razón echar mano a la espada, cuando la debemos volver contra quien nos ha hecho la afrenta de atacarnos a mansalva. Vamos adentro — dijo señalando las Casas Consistoriales — y allí parlaremos qué conviene más hacer, tanto para rescatar a la doncella, tanto para castigar al raptor.

Llamados a buen juicio, se calmaron unos y otros.

Las damas llevaron a la atribulada madre y los caballeros penetraron en Cabildo, que, como revuelto era el río, sería grande el fío y curiosos y ansiosos, todos se metieron a Cabildo, sino por cabildar, por murmurar...

VI

Aun no ensillamos, y ya cabalgamos. Que, a las cuatro palabras de Higueras de Santana, todos estuvieron en que aquello partía de Fray Romano.

—Tengo para mí—dijo Torres—que ese bergante de Matacandelas es quien nos ha preparado este insulto.

—Reparad — arguyó Montalvo, ya sosegado — que a mí me levantó la excomuni6n, lo que quiere significar...

—¡Bajo la mejor sotana, alma villana! — exclamó Mu6oz.

—No digáis tal — replicó Montalvo — que siempre las conocí buenas. Este es un fraile mejor que en misa en baile, pero de todo hay en el pícaro mundo, y los buenos bien valen por los malos... Si me levantó su castigo, ¿a qué habría de robarme la doncella?

El prócurador Miguel Navarro, que era como sereno viejo de sesudo consejo, dijo:

—Sí, ni Montalvo ni su mujer sospechan quien les robó la doncella, claro se ve que ignoran que esta anduviera en picos pardos con algún galán, cosa que ninguna madre ignora. De ahí, que el robar a ésta sea más bien maniobra de pícaro, que fin de enamorado. Y luego y a la postre, ¿quién tiene algún empeño en deslustrar el brillo de Torres de Navarrete? Fray Romano. Así, es mi buen parecer que ese perjuro zascandil tiene la madeja de este enredo. Atrápese a éso y ya veréis cómo estamos en todo.

—Bien os quisiera contrádecir — dijo Torres — siquiera porque no se crea que llevo en contra de ese Matacandelas mayor empeño que el bien de todos, pero estoy tan con vos, señor Navarro, que fuerza me es decirlo, el fraile es quien anda en esto y en atrapándole lo veremos.

—Pues, no haya más que hablar—dijo el regidor Areco—y vos, Señoría, a quien atañe lo militar, ordenad como le atraparemos.

Resuelto así, que gran milagro fué no parlaran más largo, Torres Navarrete dispuso sobre el parche que tres patrullas salieran en busca de Fray Romano, con severas órdenes de prenderle de cual-

quier manera. Salieron las patrullas, una de ellas al mando del Capitán Casco de Mendoza, quien quizás buscara su buen desquite. Corrió el día, llegó el anochecer, y las patrullas tornaron sin novedad ni presa.

En la estancia del Real, Torres aguardaba con todo el Cabildo el regreso de éstas, y como llegó la última y con ella feneció la última esperanza.

—¡Diera mi grado y puesto, por pillar esa sotana! — exclamó Torres, colérico como jamás le vieran.

—Mal la darías — dijo Casco — que el fraile está en buena guarida, y no le pillaremos así como así. No ha quedado lugar sin ver y registrar y en la ciudad no se halla...

—Desgracia mía — dijo Torres — yo siempre he querido cerrar la ciudad con una muralla, y ponerle puertas, pero, siempre lo dejamos para más luego...

—Bien — dijo Navarro, — vayamos a descansar, y mañana seguiremos buscando, qué, pues no se halla en la ciudad, será necesario batir los campos...

Todos se despidieron con promesa de reunirse a la mañana siguiente. Y mientras regidores y alcaldes de vara y voto duermen y sueñan, volvamos nosotros a correr tras Fray Romano.

No era ajeno el fraile a la zarabanda de la Plaza Mayor, como luego y presto se verá.

Así que terminó la ceremonia de bendecir el estandarte, el fraile hizo una seña a un esclavo, y éste, escurriéndose por entre el concurso, salió de la iglesia y montando a caballo tomó hacia el Norte. Pronto dió con el propio capitán Corrientes, que, apostado en una esquina, parecía estar en acecho. Le dijo el esclavo el mensaje y volvió grupas, mezclándose de nuevo al concurso cuando la comitiva se hallaba frente al Real. Allí se llegó al fraile, y quedamente le dijo:

—Ya está la merienda.

Fray Romano, de aquel punto estuvo más animado, y mientras mascullaba latines o entonaba cánticos que coreaban los acólitos, no perdía ojo a la esquina de la Iglesia. De modo y forma que, cuando aparecieron aquellos forajidos, el fraile se hizo a un lado, y a buen correr entró por la nave de la Iglesia, al pasar y corriendo se quitó la estola y atributos de oficiante, y en sotana, llegó a los fondos y saltando sobre un caballo que le esperaba, pronto echó a correr para el Norte, como si fuera para la casa de Robles. A las tantas cuadras, tomó para el Oeste, tierra adentro, y levantando el caballo siguió al galope sin mayor prisa. A cierta altura se detuvo y a poco se le reunió el esclavo que, como él, parecía no llevar gran apuro. Puestos a la par, reanudaron la marcha al tranco:

—Cuéntame, Perico, — dijo el fray — ¿cómo fué aquello, y en qué paró?

—Entró el capitán con su gente, se fué encima de la procesión y la desbarató como quizo, y cuando nadie quedó en la plaza fué hacia el campo...

—¿Ninguno hizo pie?

—Ninguno, Reverencia, que, de haberlo hecho, mal lo habría pasado el capitán...

—¿Cómo se entiende, Perico! ¿Dudas de su valor? ¡El sólo basta para arrollar a esa mala turba de regidores poltrones!

—No, Reverencia, valiente es el capitán, pero, embarazado con la mujer que llevaba sobre el arzón...

—¿Cómo?—interrogó asombrado el fray—¿una mujer? ¿dices que llevaba una mujer? Viste mal, Perico,

—Lo vi tan bien, Reverencia, que le vi la cara a ella y era ¡así el sol no me alumbre más! ¡a propia hija del Tesorero Montalvo.

El fraile detuvo su cabalgadura de un brusco tirón y rojo de cólera gritó:

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Si esto es chanza me las pagarás caras, Perico!

—Juro a su Reverencia que es la purísima verdad — aseguró Perico juntando las manos en ademán de súplica. — Vi a la doncella de Montalvo sobre el arzón del capitán Corrientes; la vi como ahora os veo a vos, Reverencia. Con más, que la doncella se tenía quieta, bien tomada a la cintura del capitán.

El fray no respondió, picó espuelas, que buenas y agudas calzaba, y en llegando al cruce del camino torció para el Sur. Iba pensativo, contraído el ceño, brusco el ademán, y Perico, que le conocía bien las cóleras, se guardó muy mucho de dirigirle la palabra, galopando tras él en silencio.

Cayó la tarde, y ya venía la noche; el fray llegó a una ranchería oculta tras un raquítico monte de espinillos, y con más aspecto de guarida de salteadores, que morada de labradores. Al ruido de los caballos gritó una voz:

—¿Quién va?

—¡Fray Romano!

—¡Vaya una sorpresa! — exclamó la voz acercándose.

—Verdad ¿eh?

Y el fray y el capitán Corrientes, que era el mismo quien hablaba, se juntaron.

Dejó el fray el caballo al cuidado de Perico y siguió a Corrientes, quien conversando con inusitada alegría lo guió al rancho oculto tras los espinillos.

Así que entraron a la única estancia que formaba el rancho, la propia doncella de Montalvo se incorporó de su asiento para saludarle:

—Buenas tenga mi Reverendo — dijo con tono suelto.

—Buenas — respondió secamente el fray, y sentándose junto a la mesa dijo mirando fijamente a Corrientes: — Parece, hermano, que no sois tan lerdo, y en pescando, pescáis de lo bueno.

—Lo decís en un tono... — observó Corrientes.

—Hacéis vos tales cosas... — reparó el fray.

Los dos guardaron silencio y se miraron a los ojos. Si el fray era de buena planta y buenos puños no lo era menos el capitán Corrientes, hombre como de cuarenta años, de más que mediana estatura, de fuertes jarretes y una tan cimentada fama de valiente, que muchos le tenían más por bandido que por soldado. Como adversario era digno del fray y en lucha franca difícil habría sido apostar con certeza.

—Deofas, pues — comenzó Corrientes.

—Decía — repuso el fray — que no fué esto lo acordado; que en dar un susto a los regidores y a Torres Navarrete no entraba el que os robarais esta doncella.

—¡Habláis como el Evangelio! — exclamó Corrientes con cierta sonrisa.

—Hablo como me cuadra, pero, mal que lo queráis, digo la verdad. ¿Por qué robaros esta doncella...

—Perdón mi Reverendo, me suena mal lo de "robar"; decid mejor, raptar...

—No vengo a elegir palabras...

—Ni yo a juntar paciencia; conque decid presto qué queréis, o... seguid vuestro camino.

El capitán llevó la diestra a la espada, el fray ocultó la suya bajo la ropilla, la doncella se echó al medio, y mirando a ambos:

—¡Por la Madre de Dios! — exclamó — No riñáis, que nos perderemos todos.

Las diestras dejaron de acariciar las armas, los hombres se sentaron de nuevo, y el fray, llamado a tener paciencia dijo, luego de un silencio:

—Bien lo ha dicho la doncella; si reñimos, nos perderemos todos. Ved ahora. Mal habéis hecho en raptaros la doncella que, como me la cargarán a mí, todos se lanzarán en mi busca, y padre burlado es enemigo jurado, que no se dará paz hasta hallarme.

—¡En poca agua nadáis, camarada! — exclamó Corrientes. — Amo como un loco a esta bella, por eso la rapté; y ahora que vos habéis caído como del cielo aquí, ¡suerte y fortuna!, nos casáis y pascua florida!

Y no hubo más que, por mucho que protestó el fray, pidió el capitán y rogó la doncella, y allí, a la medrosa luz de un quinqué, los casó como Dios Nuestro Señor manda que se casen los cristianos, bajo la advocación de su divina majestad.

¡Cómo no había de ver, que dos así se llegaran a entender!...

VII

Clareaba el día cuando, jinetes en sus caballos, avanzaban hacia la ciudad el capitán Corrientes con su esposa Estefanía Montalvo; más atrás Fray Romano seguido de Perico y cinco hombres armados. De tiempo en tiempo, entre la pareja que se adelantaba sin quererlo, y el fray que marchaba con el grupo, se entablaban breves diálogos que quedaban cortados, por la no contestación de uno de la pareja muy atareado en su parla.

¡Así el mundo! Mientras el fray miraba y escudriñaba a todos los vientos, apercebido a no dejarse tomar por quienes vinieran de la ciudad, la pareja tejía la malla de sus amores sin importarle poco ni mucho que viniera quien viniera.

Mas ¿cómo fué ello? — preguntará, la curiosa lectora — ¿cómo se avinieron tan bien la doncella y el galán?

¡Ved lectora; hombre fogoso el capitán Corrientes, así que vio a la doncella se prendó tanto, la amó tan loca y desatinadamente, que ya no se dió paz hasta que una plateada noche, entre sobresaltos, cabe su reja, le cantó su amoroso empeño. La doncella, pues, lo amó también y en amándose... ¡Calle! ¿Qué ocurre? ¡Por las barbas de Vulcano, y el Tridente de Neptuno!... Pues...

Dé detrás de unas altas matas se alza nutrida indiada, y unos toman sigilosamente los caballos del diestro y otros se lanzan hacia los jinetes, y los aprisionan y envuelven en fuertes sogas. Pero ¡si es un sueño!

Fray Romano quiere resistirse, pero su puñal queda a medio

desnudarse; sus cinco compañeros no aciertan a nada, que, tomados y liados, en menos que se tarda en narrarlo son reducidos a la im- potencia. Sólo Corrientes, por casual previsión alcanza a desnudar su acero, y en defensa de su dama reparte tajos y mandobles, más poco dura aquello. Como los otros no ofrecen resistencia, la pícaro indiada carga numerosa sobre el capitán que, agobiado por el número, no se cura en parar sino en dar golpes, y así, bajo un recio golpe de maza, cae pesadamente como herido de muerte.

—¡Socorredle, Fray Romano! — gimió la pobre Estefanía, tendiendo las manos suplicantes al fray.

—¡Socórranos, Dios! — repuso Romano, con voz sombría, mostrándole las ligaduras que lo aprisionaban.

—¡Le han muerto, Virgen Santísima! — gimió la atribulada, viendo exánime al capitán — ¡Fray Romano! ¡Fray Romano! — y soltó a llorar como una Magdalena.

Los indios, que serían más de cien, armados de todas armas, como ser: bolas, lanzas y arcos, al mando de uno que tenía más trazas de zambo que de indio puro, los indios digo, diestros cazadores con trampas y lazos, así que amarraron bien a los prisioneros, a los que tan bonitamente habían cazado, como los más avezados cuadrilleros, formaron un círculo en torno de ellos y echaron a andar hacia el Sur.

—¡Traed al capitán! — sollozó la doncella, dirigiéndose al jefe — no le dejéis así...

—Perded cuidado — repuso el jefe indio en bastante buen castellano — pronto vendrán por él sus compañeros del pueblo...

—Pero ¡está muerto, y lo comerán las fieras! — suplicó — ¡tened piedad!

—No está muerto — repuso el jefe, y, haciendo un ademán, la turba india rompió a andar llevando a los caballos del diestro, y a los prisioneros bien amarrados en las cabalgaduras.

La pobre Montalvo, sollozando y suplicando, miró hasta que perdió de vista a su capitán caído. El fray, sombrío, ni dijo palabra, ni hizo ademán, se dejó llevar y sus cinco compañeros lo imitaron. Los indios, ora al Sur ora al Oeste, caminaron sin parar hasta la merienda, momento en que en el corazón de un bosque de algarrobillos, acamparon tomando toda suerte de precauciones para no ser sorprendidos. Que, si torpes fueron los primeros indios, éstos ya sabían hacer la guerra y usar de ardidés y manejar la astucia. Merendaron frugalmente dando de comer y beber a los prisioneros, y puestos de nuevo en marcha, a poco andar vadearon un arroyo y torciendo para el Oeste tras unas lomadas, llegaron a un campamento indio, donde no fueron menos de mil los que salieron a recibirles con gritos y locas danzas.

Puestos en seguro los prisioneros, en un mal rancho, el jefe reunió a los capitanejos y como en magno concilio se discutió la suerte de los blancos. Si muchos estuvieron por sacrificarles inmediatamente, otros estuvieron por el rescate, mas, como no conciliaban, el jefe mandó traer a Fray Romano y enterándole de lo que ocurría, le pidió su opinión.

El fray les habló mansamente y como no había de echar sermones sino dar razones, las dió y buenas que, ofreciéndoles tal y cual cosa, los avino a que exigieran rescate.

Fray Romano vió partir al indio que exigiría el rescate en nombre de los camaradas y, seguro que habrían de venir por él, le en-

cargó saludos hasta para el propio Torres Navarrete. ¿Que es audacia? Pero...

Tornemos al mal parado Corrientes.

Vuelto del desmayo y recordando bien lo que ocurriera, sacó fuerzas de flaqueza y echando el alma a cuestras púsose a caminar hacia la ciudad.

¡Malaventurado Corrientes! Aquello no fué caminar sino agonizar sufriendo un dolor a cada paso. Buen trecho llevaba recorrido, aquí caigo, allí levanto, desmayando y muriendo, cuando del lado de la ciudad vió espesa nube de polvo que venía hacia él; débil, bamboleándose, hizo el esfuerzo de empuñar la espada y aprestarse a la defensa, y ya la nube se le vino encima y el tropel lo rodeó, cuando los ojos se nublaron dobláronsele las piernas y gritando: — ¡No me rindó! — ródó por el santo suelo.

Detúvose el tropel; dos o tres jinetes echáronse al suelo y ante la sorpresa de todos, dijo el capitán Casco:

—Es Corrientes y está desmayado... tiene un golpe en la cabeza que es maravilla no lo haya muerto.

—Pero yo lo ví de pie hace unos momentos — aseguró Areco.

—Si tal — dijo Higuera — yo le ví de pie y como amenazándongos con la espada.

—Y el esfuerzo lo ha agotado — dijo Casco. — Creo, señores, que debemos volver con este hombre.

—¿Y el Matacandelas? — preguntó Montalvo.

—Mucho yerro si Corrientes no nos da noticias de él — dijo Casco. — Vamos señores.

Y, acomodando como mejor pudieron a Corrientes, que parecía más muerto que desmayado, tornaron al paso a la ciudad, metiéndose directamente en el Real.

Llamado el físico Marante, Corrientes fué aliviado, y pronto, ante la rueda de Torres y los suyos, contó por menudo la ocurrencia, sin callar cómo raptó a la doncella y como los casó Fray Romano. Cuando en esto estaba, fué menester sujetar a Montalvo, que en poco se echa sobre el malherido.

—¡Reportaos! — gritaba Torres — ¿no ves que está herido?

—¿Herido? Pero ¡ni Dios ampara a tal bríbón! Quien así roba no habrá de esperar misericordia... Mediaron todos, y al fin Montalvo se serenó y pudo escuchar.

—Ya os he dicho — siguió Corrientes — tornábamos aquí cuando aquellos pícaros nos tomaron tan de sorpresa, y en vano fué mi lucha... caí pronto...

Un soldado penetró conduciendo a un indio.

—Señoría — dijo — dice este indio ser emisario de quienes han tomado a unos cristianos.

Y ante todos el indio, con bastante despejo, dijo a lo que venía y qué quería.

—De modo — concretó Torres — que exigen como rescate: entregar a Huinca-camú, tres barriles de vino, y diez mantas.

El indio hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y aguardó sin manifestar ni temor, ni tranquilidad. Torres reflexionó unos momentos y díjole luego a Areco:

—Hacedle dar lo que este pícaro pide...

—Pero — objetó Areco — no creéis...

—Si, el fray Matacandelas fuera el' prisionero — dijo Torres —

lo dejaríamos a su suerte, pero está la hija de Montalvo y por rescatarla debemos hacer cuanto nos sea posible. Id, Areco, y haced presto lo que os digo — y volviéndose a Corrientes, siguió: — ¿Y dónde está el Estandarte Real?...

—Vosotros sabréis — repuso Corrientes.

—Yo le tengo — dijo Castro — no sé cómo ni cuándo, apareció en la sala del Cabildo, bajo la mesa...

—Pero — murmuró Torres — ¿es verdad que fué tal el pavor, que no hubo espacio al valor? ¡Por Belcebú!...

La ciudad parecía de fiesta.

Toda la población en la Plaza Mayor, ya en córrillos, ya diseminada hablaba con animación, mirando hacia las Casas Consistoriales. De pronto se oyó el batir de los atabales y del Real, formados en batalla, salieron los tercios de la guarnición, puestos los arcabuces, las mechas encendidas y las balas a mano.

Al mando del capitán Casco tomaron los soldados la encrucijada de las calles y mirando para el centro de la plaza aguardaron.

La breve campana de la Iglesia dobló lentamente, como a muerto; se abrió su puerta, y frailes, monaguillos y acólitos salieron formando un amplio cuadro. La campana y los atabales sonaron al propio tiempo; y, como a una señal, enmudecieron de pronto y de la Iglesia, erguido, caminando con paso firme, salió Fray Romano atadas las manos a la espalda, entre un cuadro de soldados. En medio de un gran silencio la comitiva, seguida por todo el concurso de espectadores, llegó a la puerta del Real. Allí, dos robustos soldados tomaron por los brazos al fray, y mientras un tercero le echaba ceniza en la cabeza, otro le ponía un ronzal al cuello. Terminada esta ceremonia echó a andar la comitiva, y tomando por una calleja del flanco del Real, bajó al Río, donde un batel bien tripulado aguardaba pronto. Iba ya el fray a embarcarse cuando, Torres Navarrete hizo un ademán deteniendo a todos, y dirigiéndose más al concurso que al fray, dijo:

—Perjuro, falsario, traidor a la ley de Dios, Nuestro Señor, y a la de los hombres; envenenada sierpe deslizada en el seno de la religión para menoscabar su gloria, este hombre Fray Romano ayer, hoy perillán bandolero, cae en las manos de los que tanto ofendiera, quienes, en vez de castigarle lo envían a la Asunción a que lo juzgue su prelado. Una vez más miramos en tanta justicia la mano de Dios que nos guía, y demos gracia por tanta bondad. Vos, pecador, id a arrepentiros... — Hizo un nuevo ademán Torres, y el fray fué empujado hacia el batel. Mas, en aquel instante una mujer se abrió paso y tomándose a un brazo del fray le dijo sollozando:

—Fray Romano, si a tantos hicisteis daño, a mí me hicisteis un bien, y en nombre de él llevaros mis bendiciones, como os seguirán mis oraciones...

—Gracias hija — repuso el fray con voz apagada. — Dios os premie por tanta grandeza... — y haciendo un movimiento, se desprendió de ella y saltó sobre el batel, los ojos brillantes...

La mujer cayó de rodillas. El batel se fué acercando a un bergantín pronto a zarpar. Del concurso, silencioso, como tocado por hondo sentir, unas mujeres se acercaron a la que lloraba, y una, incorporándola, le dijo suavemente:

—Ven, Estefanía, tus padres te esperan... Las mujeres se fue-

ron; el concurso se desparramó. Sólo quedaron en la orilla Torres y los suyos, callados, mirando como el bergantín se aprestaba a partir.

—Así es la humanidad — dijo Torres, paseando la mirada por sus amigos y el concurso que se alejaba — ese bergante debió partir entre las maldiciones de los que tanto ofendió; mas, ha bastado una buena acción para que se le perdone, y se le tenga misericordia... Así es la humanidad...

En Trinidad Lavalle

S. M. de los Buenos Aires — Enero del año XIX.

HABLA POR EXPERIENCIA

Otro farmacéutico curado con las Pastillas del Dr. Richards

Sres. Dr. Richards Dyspepsia Tablet Association, New York

Muy estimados señores míos:

Por espacio de dos años he tenido la farmacia "La Asunción" en el pueblo de Cotorro, Provincia de la Habana, y actualmente estoy en la farmacia del doctor Delgado, situada en la calle Sitios 92, esquina a Campanario en esta ciudad. Tanto en una como en otra de dichas farmacias, nunca he dejado de tener existencias de sus tan justamente afamadas "Pastillas del doctor Richards", a las cuales debo la vida que por mucho tiempo me fué odiosa debido a los sinsabores que mi estómago enfermo me ocasionaba. Llegué a ser verdaderamente infeliz y nada lograba curarme de mis insomnios, desganos, mal sabor en la boca, jaquecas y un sin fin de padecimientos que ni yo mismo podría enumerar. Cierta día pasó por frente a mi casa un individuo repartiendo los almanaques que anualmente distribuye esa casa, y, cosa que pocas veces hago con los anuncios, se me ocurrió leerlo; cuando terminé, lo primero que hice fué poner un frasco de las Pastillas sobre la mesa, para empezarlas a tomar después de la comida. Aquella fué mi última comida pesada, pues en lo sucesivo mi apetito fué en aumento y poco a poco desaparecieron todos los males que antes me atormentaban y hoy, después de haber tomado el contenido de varios frascos, soy un hombre completamente sano, y no me canso de recomendar las Pastillas del doctor Richards a mis clientes y amigos con la confianza que da una buena experiencia.

Es el preparado que más vendo, y esto me demuestra que no soy sólo en palpar los magníficos resultados que se obtienen con las Pastillas del doctor Richards, por lo que mi amor a la justicia me obliga a dirigirles estas líneas, como sincera demostración de mi admiración y gratitud, pudiendo hacer de ellas el uso que les convenga.

Quedo de Vdes. atento servidor y amigo.

PROSPERO ASENSIO (Farmacéutico).

Importador: L. F. MILANTA — Rivadavia 1255 — Buenos Aires

La Novela Semanal

Aparece todos los sábados con una novela completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 5.^a edición.
2. La Huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 5.^a edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta, 4.^a edición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 5.^a edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez, 3.^a edición.
6. La Paolina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, 5.^a edición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 4.^a edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instinto, de Pedro Sondereguer, 5.^a edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 3.^a edición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras, 3.^a edición.
13. El Babú de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.^a edición.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente, 2.^a edición.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton, 4.^a edición.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de P. Sondereguer, en 3 partes, 3.^a ed.
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlándiz, (agotado).
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayul, de Juan José de Solza Reilly, 2.^a edición.
24. Holocausto, de César Carrizo, 3.^a edición.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici, 2.^a edición.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo, (agotado).
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo, 2.^a edición.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.
32. Del párnaso al chiquero, de Eustaquio Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario), 2.^a edición.
34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dávalos.
35. La conversión, de Claudio de Souza.
36. El último brindis, de César Carrizo.
37. El hombre de la barba en punta, de Miguel R. Roquendo.
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), en 3 p.
39. El alma de Buenos Aires, por Enrique Gómez Carrillo.
40. Una "girl", por Agustín Remón (número extraordinario).
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez Embil.
42. Trinidad Guevara, por Enrique García Velloso.
43. El Hambre, por Pedro Sondereguer.
44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Ches Mime. Lucie", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Remón.
48. "Caballero Andante" — Homenaje a Diego Fernández Empire, por Hugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobaclo de Herrlin", por Arturo Cancela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarreta.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.
56. La Pasarela, por Otto Miguel Cione.
57. La psicología de los celos, por José Ingenieros.
58. "Homunculus", por Pedro Angelici.
59. El Marqués de Santalucía, por Sara H. Montes.
60. El misterio de la calle Malpá, por Alfredo Palacios M.
61. "Stella", por César Duayen, en 2 partes.
62. "La Suerte", por Pedro Sondereguer.
63. El Capitán Morillo, por Julio Llanos.
64. La Serena Prosa, por Arturo Giménez Pastor.
65. Una semana de holgorio, por Arturo Cancela.
66. El comprador de cadáveres, por E. Carrasquilla Mallarino.

A LOS ESCRITORES:—No se admiten trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.



LA MEJOR RECOMPENSA

para los niños que saben portarse bien son los afamados y deliciosos

BIZCOCHOS Carpinacci

“RICURA”, “NOEMI”, “IRIS”, “TORTA CRIOLLA”,
“FRÉGOLI”, “COCO DELICIOUS”, “PORTEÑOS”

AGUEDA

Riquísimo BIZCOCHO-
BOMBON para pebetes de
2 a 80 años.

MOROCHOS

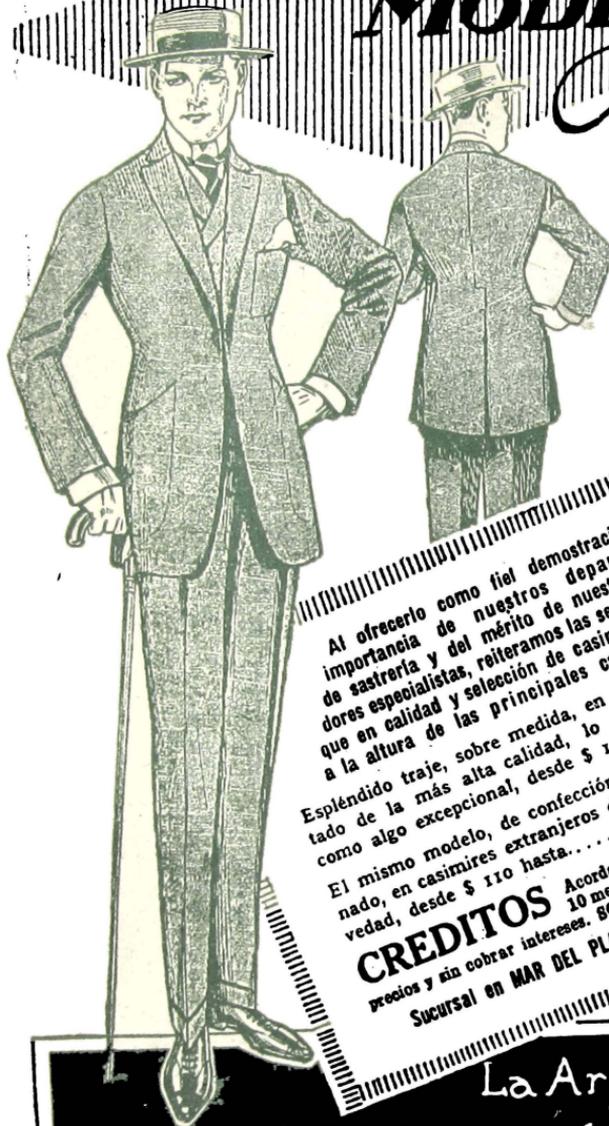
Exquisito BIZCOCHO a
base de cacao y féculas

Se venden en todos los buenos Almacenes de la República

A. A. CARPINACCI

2036, CALLAO, 2038 — Buenos Aires — 1534, CHARCAS, 1536

NUESTRO ÚLTIMO MODELO



Teniendo en cuenta las más modernas reglas de la moda y procurando que en todos los detalles del traje, aquella armonice con los delicados gustos de los hombres elegantes, hemos creado el presente modelo de gran chic y notable distinción.

Al ofrecerlo como fiel demostración de la importancia de nuestros departamentos de sastrería y del mérito de nuestros diseñadores especialistas, reiteramos las seguridades de que en calidad y selección de casimires estamos a la altura de las principales casas europeas.

Espléndido traje, sobre medida, en casimir importado de la más alta calidad, lo ofrecemos como algo excepcional, desde \$ 130 hasta \$ 90

El mismo modelo, de confección, muy bien terminado, en casimires extranjeros de última novedad, desde \$ 110 hasta..... \$ 75

CREDITOS Acordamos créditos pagables en 10 mensualidades, sin alterar los precios y sin cobrar intereses. **BOLICITEN CONDICIONES.**

Sucursal en **MAR DEL PLATA: San Martín, 2573**

La Argentina
A. DE MICHELI y CIA
 Avda de Mayo 1001 esq B. de Irigoyen

